

LIBRO TREINTA Y DOS.

Carácter de la Francia.—Causa del espíritu de las elecciones de 1815.—Caída de Fouché.—Su destierro á Alemania.—Juicio acerca de su vida.—Caída de Mr. de Talleyrand.—Formación del ministerio de Mr. de Richelieu.—Ojeada retrospectiva acerca del duque de Richelieu.—Su vida en Rusia.—Su carácter.—Negociaciones con los aliados.—Sus exigencias.—Tratado del 20 de noviembre.—Carta de Mr. de Richelieu.—Tratado de la Santa Alianza.—Apertura de las Cámaras.—Discurso del rey.—Mr. Lainé, presidente de la Cámara de diputados.—Su discurso.—Mensajes de ambas Cámaras al rey.—Política del duque de Richelieu.—Espíritu del consejo.—Leyes contra los gritos sediciosos y contra la libertad individual.—Ley de los consejos prebostales.—Su discusión y votación de ambas Cámaras.—Proposición del duque de Fitz-James.—Discurso del conde de Artois.—Regreso del duque de Orleans.—Su entrevista con Luis XVIII.

I.

Los pueblos son como los hombres y tienen las mismas pasiones, veleidades, exaltaciones, postraciones, arrepentimientos, vacilaciones é incertidumbres de espíritu. Eso á que llaman opinion pública en los gobiernos libres, no es otra cosa que la aguja del cuadrante que marca sucesivamente las variaciones de aquella atmósfera de las cosas humanas. Semejante inestabilidad es mucho mas rápida y prodigiosa en Francia que en las demas naciones del mundo, si esceptuamos únicamente la

antigua raza ateniense, hasta el punto de haber venido á hacerse el proverbio de la Europa.

El historiador francés debe confesar este vicio de que adolece la nacion cuyas vicisitudes se halla encargado de referir, así como tambien debe dejar consignadas sus virtudes. Aquella movilidad procede de una cualidad de la gran raza francesa, cual es la imaginacion que forma parte de su destino ó porvenir. En sus guerras se reconoce por arrojo, en las artes por genio, en las adversidades por abatimiento, en su abatimiento por inconstancia y en su patriotismo por entusiasmo. El pueblo moderno es el que encierra en su alma mayor fuego y ardimiento, y el viento de su movilidad es el que atiza ese mismo fuego. Solo por este carácter de la raza francesa, pueden explicarse esos delirios de que se ve acometida á la vez toda la nacion en el intervalo de muy pocos meses, en favor de principios, de hombres y de gobiernos completamente opuestos los unos á los otros.

Tocamos pues, á una de esas sorprendentes moviidades de la opinion en Francia. Vamos á poner de manifiesto sus causas.

II.

La luz de los principios filosóficos de cuyo conjunto se compone eso que ha dado en llamarse la revolucion, en ninguna parte llegó á agitar y á fascinar los ánimos como en Francia hácia fines del último siglo. A la voz de sus escritores, de sus oradores, de sus tribunales, de sus guerreros, la Francia fué la primera que puso manos á la obra sin considerar qué de fatigas, de fortuna y de sangre habia de costarle el renovar sus instituciones viciadas por la mano de los siglos, así en religion oficial, como en legislacion, en civilizacion y en gobierno. Ha-

bíanse captado una inmensa popularidad en un principio los hombres que supieron minar el carcomido edificio de su iglesia, de su trono y de sus leyes. Su mismo rey, penetrado desde la altura en que se hallaba colocado, y á través de su córte, del espíritu unánime de renovacion que por do quier se respiraba, habíase declarado generosamente el primer innovador de su reino, dando principio á las reformas por su propia córte y á los sacrificios por los de la autoridad que ejercía. La nobleza supo también ser suficientemente generosa y renunciar á sus pergaminos, á sus feudalidades, á sus títulos y á sus monopolios para venir á confundirse con el resto de la nacion. Solo la iglesia, estado dentro de otro estado, principio que quiere llamarse inmutable aun en lo temporal, en medio de una civilizacion perfectible, habíase encerrado en la inflexibilidad de los cuerpos sin derecho hereditario, sin familia y por consiguiente sin responsabilidad en la nacion. No habia permitido desprenderse de otros privilegios temporales que de aquellos que le habian sido arrancados, por decirlo así. Las guerras civiles estallaron á su voz en las provincias en que conservaba mayor ascendiente. Habia ademas condenado á la razon, á la libertad y á la igualdad de los tiempos modernos. Habia agitado las conciencias temerariamente atacadas por la Asamblea constituyente en la constitucion civil del clero, constitucion que solo debió entrometerse en el establecimiento temporal y de modo alguno en la gerarquía del sacerdocio. Habia, por último, fanatizado á las gentes del campo, y estas por su parte habian arrastrado á los nobles, aunque á su pesar, á aumentar los conflictos del reino.

III.

El resto de la nacion, poco ilustrada todavía, habia hecho responsables de aquellas sediciones de lo pasado contra la marcha de los tiempos al rey, al clero y á la

nobleza. La cólera y los recelos del pueblo habian llegado ya al mas alto grado; la persecucion habia escitado á la emigracion, la emigracion al furor, á la espoliacion de las familias, á la guerra nacional contra la Europa. El trono se hundió en medio de aquel tumulto viniéndose abajo como una bandera de la contrarevolucion alzada en lo mas fuerte de la revolucion. Los furiosos demagogos habian arrojado al pueblo las cabezas del rey, de la reina, de su familia, de la nobleza y de la clase media para sostener con aquella sangre su popularidad. Ellos mismos perecieron también á manos de sus rivales. La Francia todá inundada en la sangre de sus ciudadanos por espacio de 18 meses, habia sido el espanto del mundo y de sí misma. Las ideas se habian perturbado en su cabeza. La confusion producida por los acontecimientos, por las guerras civiles, por las guerras extranjeras, por los hombres y por las cosas todas, habia de tal manera trocado todas las banderas, que nadie reconocia ya á sus amigos ni á sus enemigos: la revolucion se habia ahogado en la anarquía.

Comenzaba ya á reconocerse, á epurarse, á constituirse en democracia tolerante bajo el gobierno republicano del Directorio, cuando Bonaparte, personifiando á la vez en sí la usurpacion del ejército sobre las leyes y la contrarevolucion, vino á interrumpir repentinamente el 18 de brumario, el trabajo lento y sosegado de la nueva civilizacion que elaboraba y escogía los elementos del nuevo orden de cosas.

A fin de distraer al pueblo de su revolucion, lanzóle á la guerra y á la conquista de la Europa; agotó su poblacion y su sangre para impedirle que volviese á agitarse de nuevo, y le hizo apostatar por medio de sus publicistas, de su silencio y de su policia, de todos los principios de su regeneracion de 1789. Al arrojar á los reyes de sus tronos, habíase declarado el vengador y el restaurador de los sacerdocios y de las magestades.

La Francia logró al fin respirar despues de su primera caída en 1814. La Carta habia vuelto á emprender la obra de Luis XVI y promulgado los principios de la Asamblea constituyente. La revolucion se habia remontado, en una palabra, á sus primeros y mas hermosos dias. Ya no tenia que temer ni la embriaguez de la ilusion, ni las resistencias de la iglesia, de la córte ó de la nobleza, ni tampoco los crímenes de la demagogia.

La vuelta de Bonaparte al poder, apoyado en la complicitad del ejército, vino á interrumpir por segunda vez aquella era de renovacion, de paz y de esperanza. Aquella violencia hecha á la nacion y á la Europa fué castigada por una segunda invasion que humillaba, arruinaba y diezmaba á la Francia amenazando dividirla en mil pedazos. Bonaparte, al separarse de su ejército despues de la derrota de Waterloo, y al verificar su abdicacion, habiase llevado consigo la responsabilidad de aquel desastre; pero dejaba en pos de sí el resentimiento de la nacion contra el ejército, contra su partido, contra sus cómplices y contra su nombre.

Aquella desgracia del tiempo tenia necesidad de recaer sobre alguna cosa, y asi recayó por entonces como una imprecacion unánime sobre el bonapartismo. Realistas, liberales, propietarios, negociantes, agricultores, artesanos, restos de las asambleas de 89, restos de la nobleza y del clero, realistas de la Vendée, del Mediodía, del Norte, constitucionales ó republicanos del Este y del centro de la Francia, la clase media de las poblaciones de cuyas veinte mil familias todas tenian un hijo, un sobrino, un hermano en la casa militar del rey; puertos de mar cuya guerra continental retenia hacia veinte años los

buques, las expediciones, los productos en las radas; familias de los campos que lloraban uno, dos y á veces tres hijos que habian dejado un puesto vacante en el hogar, siendo sacrificados en España ó en Rusia á la ambicion de un conquistador; villas y ciudades ocupadas por los rusos, los prusianos, los ingleses, y diezmados por las requisiciones y los impuestos; todo el mundo tenia un agravio, un resentimiento, un duelo, una ruina que vengar en el nombre y en la memoria de un hombre. El acceso de la cólera, comprimido por la presencia del ejército, por el terror de la policia imperial y por la esperanza de una segunda gloria con que por un momento pudo fascinar á la Europa antes de Waterloo, estalló en todos los corazones, á escepcion de los de sus soldados, apenas tuvo lugar su segunda caída.

La opinion se arrojó sin reflexion, sin prevision y sin mesura en brazos del partido contrario al verificarse las elecciones. Ni las instrucciones dadas por Mr. de Talleyrand á los comisarios del rey, encargados de presidir y dirigir á los colegios electorales; ni los agentes de Fouché que trataban de favorecer por cuantos medios estuvieron en sus manos las candidaturas republicanas, á fin de intimidar á la córte y al rey y sostener de aquella manera el equilibrio, no fueron bastantes á conseguir nada. La opinion irritada de la Francia no escucha ni atiende á temperamento, intriga ni prudencia alguna; fluctúa solo de una en otra orilla como el Océano en su flujo y su reflujo. Hé aqui, pues, esplicadas las elecciones de 1815 que enviaron á la corona una cámara mas contrarrevolucionaria que la Europa entera, y mas realista que el mismo rey.

Aquel príncipe no pudo menos de asombrarse al contemplar la unanimidad y el exceso de su cólera contra la revolucion, su animosidad contra el imperio y su exaltacion en favor de los Borbones. Harto conocia él que habria de verse en la precision de contener, mas bien

que de provocar, semejante pasion por su familia, y hasta temia que aquella pasion no le acusase de tibieza por su propia causa, le echase en cara la humillante concesion que habia hecho dando participacion á Mr. de Talleyrand, y sobre todo á un regicida, en sus consejos, é hiciese de su hermano, el conde de Artois, el dominador y aun quizá el dueño del reino. Resolvió, pues, prevenir las exigencias que los nombres que figuraban en aquella representacion le presagiaban, y variar su ministerio antes de que tuviese lugar la apertura de las Cámaras.

V.

Sin embargo, no dejaba de serle algun tanto violento el tener que separar de su lado á Mr. de Talleyrand que tanto le habia protegido en 1814, y cuyo ascendiente en la Cámara de los pares, así como sus inteligencias con las córtes estrangeras le parecian merecer alguna consideracion de su parte. Así es que no podia menos de verle con un secreto regocijo, mezclado á veces de amargura por sí mismo, despopularizarse en Paris por su desidia y abandono y frustrarsele la negociacion de las condiciones de paz por la inflexibilidad del Austria y de la Prusia. Erale asimismo satisfactorio poder hacer recaer en aquel diplomático por su falta de habilidad, la humillacion producida por el *ultimatum* de las potencias, que Mr. de Talleyrand era demasiado dócil y asequible para haberlo aceptado, y que él, como rey, era demasiado patriota para consentirlo. Quería además servirse de la mano de Mr. de Talleyrand para separar á Fouché de su consejo, pues la liga que de sus simultáneos agravios habían formado aquellos dos hombres de Estado, le parecia perjudicial á su seguridad. Era preciso por lo tanto dividirlos antes de deshacerse de ellos.

Por lo que hace á Mr. de Talleyrand, creía tener necesidad de él todavía, mas en cuanto á Fouché podia muy bien desde luego pasarse sin él.

El celo y la actividad de su futuro favorito Mr. Decazes, que de día en día iba ganando terreno en su confianza, le tenían muy tranquilo respecto á las conspiraciones de los bonapartistas. Mr. Decazes, aprovechándose de la indolencia de Fouché que le hacia incapáz de ocuparse de pormenores, y de las audiencias del rey, logró irse apoderando insensiblemente de todos los resortes y detalles de la policía, quedándole solo á Fouché el nombre de ministro y las altas intrigas en las cuales él se complacia en hacer el papel de hombre necesario á todos los partidos. El rey, por su parte, habia ya dicho hablando de su jóven confidente: «Le he de elevar á tal altura, que ha de causar envidia á las casas mas principales de Francia.» El orgullo y la amistad siempre se confunden en el corazon de los reyes.

VI.

A Luis XVIII no se le ocultaban todas las intrigas de Fouché que para él eran como transparentes. Aquel hombre de Estado continuaba desde el regreso del rey ejerciendo el mismo doble juego que durante los Cien Dias. Esto es, intimidaba al rey y á los ministros con noticias de complots imaginarios y de peligros exagerados, y hacia circular al propio tiempo, bajo la forma de avisos oficiales, los mas siniestros rumores á fin de propagar la agitacion por los mismos medios que aparentaba emplear para desvanecerla.

Escribía diferentes informes y memorias dirigidas al rey, semejantes á las que habia redactado para el emperador despues del 20 de marzo, y despues las entregaba

secretamente á sus agentes y las hacia circular por bajo de mano entre el público como si fuesen documentos debidos á la indiscrecion de algun confidente íntimo de su autor.

«Señor, decia aquel astuto ministro en uno de sus informes, los hombres enérgicos que han derribado á Bonaparte, no han llevado otro objeto que poner un término á la tiranía. Una division de aquella misma naturaleza agita y separa entre si á todas las clases, sirviéndole de núcleo las mas ardientes pasiones con el temor de ver triunfar las antiguas opiniones. Es preciso no fijarse solo en París, pues en él una opinion facticia hace las veces de opiniones mas verdaderas y positivas.»

Con esto queria destruir en el ánimo del rey los testimonios de adoracion y de júbilo que se repetian sin cesar ante sus ojos, ya en el jardín de las Tullerías, ya en los boulevares, que se mostraban enagenados de realismo.

«Las ciudades, continuaba, se hallan en abierta oposicion con las poblaciones del campo, hasta en el Oeste mismo, donde tanto os prometen que encontrareis soldados. Los compradores de bienes nacionales resistirán á cualquiera que intentase desposeerlos de ellos. El realismo del Mediodía llega al extremo de cometerse mil atentados, y diferentes partidas de hombres armados recorren los campos é invaden las ciudades. Los saqueos y los asesinatos se multiplican. En el Este, los horrores de la invasion y las fallas cometidas por los anteriores ministros, han enagenado completamente el ánimo de las poblaciones. En la mayor parte de los departamentos apenas se encontrará un puñado de realistas que oponer á la masa del pueblo. El ejército no podrá sostenerse por mas tiempo en la inaccion, pues la desmesurada ambicion que se ha desarrollado en él, le ha hecho aficionarse á las aventuras.

«Dos grandes facciones existen en el Estado. La una defiende los principios, la otra marcha derecha á la con-

trarevolucion. De una parte está el clero, los nobles, los antiguos poseedores de los bienes nacionales vendidos ya en el dia, los miembros de los antiguos parlamentos, los hombres obstinados que no llegan á persuadirse de que sus añejas ideas hayan caducado ya y que no pueden perdonar á una revolucion que ellos han maldecido; otros que cansados ya de tanto movimiento ansian encontrar el reposo en el antiguo régimen, y algunos escritores apasionados, aduladores de las opiniones triunfantes. De la parte opuesta están la casi totalidad de la Francia, los constitucionales, los republicanos, el ejército y el pueblo, toda clase de descontentos y una multitud de franceses que son adictos al rey, porque se hallan íntimamente persuadidos de que la menor tentativa ó la mas insignificante tendencia hácia el antiguo régimen, será la señal de una esplosion parecida á la de 1789.»

VII.

Manuel, aquel orador de la última Asamblea, cada dia mas decidido por Fouché, y tratando de adherirse por todos los medios á este ministro, era el que redactaba con él semejantes informes, en los cuales aparecian algunas verdades á través de las mas notables exageraciones. Tanto Manuel como Fouché, al escribir aquella especie de amenazadora estadística, se olvidaban, ó aparentaban olvidarse de esas numerosas masas que flotan entre las opiniones reflexivas, y que se precipitan allí donde se muestra la fortuna, la paz y la seguridad. Aquellas masas estaban, pues, en aquellos momentos en favor del rey, y esto lo probaban mas que muy suficientemente las elecciones que acababan de verificarse. Pero el objeto de Fouché era alarmar, con el fin de poder luego hacer cobrar confianza y responder de todo por su habilidad personal.

El rey y su consejo principiaban ya á ofenderse de aquellas siniestras relaciones, y sobre todo, de la culpable publicidad que les daba el ministro de policía, publicidad que tenia todos los visos de una traicion, para que el rey pudiese tolerarla sin recelos. ¿El ministro de policía, exclamó por fin cierto día Mr. de Talleyrad en presencia del rey y de su colega, pretende acaso dominarnos con su popularidad?» Fouché entonces se disculpó, achacándolo á supuestas revelaciones involuntarias de sus manuscritos al público. Mas como ya todo el mundo tenia por costumbre no creer jamás en sus palabras, la irritacion contra él iba en aumento. El duque y la duquesa de Angulema, al regresar de las provincias del Mediodía, á donde habian ido á gozarse en el entusiasmo realista, y que entraban en las Tullerías con la idea de apasionada popularidad en favor de su causa, declararon sucesivamente al rey que jamás se encontrarían en su palacio con el juez de Luis XVI.

Cada vez que Fouché se presentaba en palacio, todo el mundo parecia alejarse de él. Los hombres moderados por su parte no disimulaban la repugnancia que les causaba; los realistas hacian alarde de la antipatia que por él tenían. Él solo era el que, confiado en el prodigioso éxito de mandacia y de sus intrigas durante los últimos acontecimientos, y seguro del apoyo que le prestaba lord Wellington, se creia aun muy próximo á dominarlo todo. Juzgaba intimidar á la asamblea con el rey, al rey con los revolucionarios y los bonapartistas, á las potencias coaligadas con el patriotismo irritado del pais, y al pais con las potencias. Se olvidaba de su propio pasado, creyendo de este modo que se lo hacia olvidar á los demás. El hombre de la convencion y el cortesano de Luis XVIII eran para él dos personajes que no tenían nada de comun entre sí, ni aun el nombre siquiera, pues su título de duque de Otranto servia para cubrir la memoria del antiguo Fouché. Repudiaba la revolucion como un recuerdo

harto importuno de su juventud. «Cuando uno es jóven, solia decir él con cierta negligencia á sus familiares, agradan las revoluciones, porque conmueven, agitan y constituyen siempre un espectáculo, al cual se tiene gusto en asistir y aun de mezclarse en él; pero á mi edad, tienen ya mucho menos atractivo, pues se desea el reposo, el órden, la fijeza en todo; en una palabra, se quiere gozar.» El poder era para él uno de esos goces necesarios en su edad madura, como la agitacion habia sido la necesidad de su juventud.

VIII.

Nada le faltaba, pues, á la dignidad exterior de aquella vida, mas que una familia á quien trasmitir despues de su muerte su inmensa fortuna y sus títulos, y una alianza con una de las familias de la alta aristocracia francesa, á fin de legitimar su reciente nobleza con la antigua de la córte y de París. Creíasele todavia tan poderoso, tan inviolable á las desgracias, y sus riquezas, su influencia en los últimos acontecimientos, su decisiva intervencion en la caída de Bonaparte y en el restablecimiento de los Borbones, ejercian un prestigio tal en aquella nobleza, acostumbrada á concederle todo al favor de las córtes, que estaba casi seguro de ingerirse por medio de un enlace y á pesar de su nombre y de sus tachas, en tronco de alguna ilustre familia.

Aquella alma agitada, mas no ocupada enteramente por las ambiciones y por las saciedades de la fortuna, no habia sido insensible á las seducciones de la juventud y de la hermosura. Durante las comisiones que desempeñó en el Mediodía hácia el fin del imperio, habia conocido en Aix á Mlle. de Castellane, hija de una de las mas notables casas de Provenza y dotada de las prendas mas

á propósito para cautivar el alma al mismo tiempo que al vista. El por su parte habia conservado siempre hácia ella un tierno recuerdo y una respetuosa admiracion. Por lo que hace á la jóven, á pesar de la desproporcion de nombre, de edad y de existencia, habiase tambien mostrado conmovida á la vista de aquel hombre poderoso, célebre y de ingenio, cuyos títulos, elevacion y servicios prestados á la causa del rey hacian olvidar lo pasado. Fouché la pidió, pues, en matrimonio, y la obtuvo de su familia. Era tal el grado de favor con el público y tal la aparente confianza que el rey le dispensaba en la época en que esto tuvo lugar, que apenas se atrevió la aristocracia parisiense á murmurar contra la complacencia que mostraba una familia distinguida al consentir que se uniese su nombre al de un antiguo procónsul del terror. Es verdad que él tuvo tambien buen cuidado de celebrar las fiestas de su boda con gran boato y esplendor, para prevenir de este modo la murmuracion. Creyó ya con esto ver abiertas para siempre las puertas de aquella nobleza, de la cual no poseía mas que las riquezas y los títulos. Se vió, pues, en el apogeo de su felicidad. No debia pasarse mucho tiempo sin que fuese precipitado desde allí.

IX.

Pocos dias despues de las elecciones, cuya significacion, aunque no enteramente aclarada todavía, tenia al ministerio entregado á la mayor inquietud, monsieur de Talleyrand, que trataba de merecer el favor de la córte librándola de una humillacion, insinuó directamente á Fouché, en el seno del consejo de ministros, la conveniencia ó la necesidad de su retirada. Habló con cierta negligencia de la América donde habia pasado los mas dulces años de su destierro durante el terror, encomió en

estremo la libertad y la seguridad de que se disfrutaba en aquel pais que al separar al hombre de un continente tan tormentoso como el de Europa, le separaba tambien de sus enemigos y de sus peligros, añadiendo que ninguna existencia sobre la tierra le habia nunca parecido superior á la del embajador que representaba á la Francia en aquel pais que todo se lo debía á esta misma nacion. En seguida, volviéndose con cierta afectacion hácia donde estaba Fouché como si quisiese provocar de su boca una aquiescencia á tamaña felicidad que él hubiera podido tomar por una aspiracion á disfrutar de ella: «Esta existencia, continuó, puedo precisamente ofrecerla en este momento; el cargo de ministro del rey en los Estados Unidos se halla vacante. ¿Os decidiriais acaso por la dignidad y la seguridad de aquel asilo?» Fouché, á quien la sorpresa habia impedido entenderlo á la primera palabra, lo comprendió al fin, se turbó y preguntó al punto sin que nadie se cuidase de responderle, si sus servicios eran acaso desagradables al rey, y si se trataba por aquel medio de deshacerse de él.

Una vez dado aquel paso, podíase ya hablarle mas claro, y despedirle sin peligro alguno. Las elecciones le amenazaban por su nombre, y los realistas se ruborizaban de haber necesitado de él un dia. El rey se sentia humillado, la córte ingrata, los ministros celosos, monsieur de Talleyrand, muy dichoso de haberse deshecho de un rival, los republicanos indiferentes, los bonapartistas implacables. El suelo acababa de hundirse bajo sus pies. Aquel hombre que acababa de decretar proscripciones solo por complacer, se veia proscripto él mismo pocos dias despues por aquellos á quienes habia sacrificado sus cómplices. Iba, pues, á encontrarse con ellos como remordimientos vivos en una tierra estran-gera.

Aquella proscripción se encubrió cuidadosamente bajo la apariencia de una misión al extranjero. Fouché, que habia rehusado la legación de los Estados Unidos por no establecer demasiada distancia entre el destierro y la vuelta al poder que no cesaba de esperar, tuvo que aceptar el título de ministro cerca de la insignificante y desgraciada corte de Sajonia. De este modo cohonestaba el rey su ingratitud y Fouché su impotencia. Su fortuna le abria todas las puertas y podia retirarse con grande independencia á donde quisiera, pero á aquel desterrado le faltaba donde quiera que estuviese la sombra de la corte, la importancia y el manejo de los negocios. Era tanto lo abandonado y amenazado que quedaba en Francia desde el momento en que cesó en su omnipotencia, que conociéndolo él hizo en silencio sus preparativos de viaje, y atravesó la Francia bajo un nombre supuesto y disfrazado á fin de esquivar las injurias de los unos, de ocultarse á la venganza de otros, y de evitar el desprecio de todos.

Pocos meses despues de su llegada á Dresde fué destituido de su cargo, prohibiéndole volver á su patria, y habiendo sido desterrado á Austria fijó su residencia en Lintz, acompañado de su jóven esposa que era la que con su ternura y sus virtudes le prodigaba toda clase de consuelos. Diferentes veces insistió en solicitar de Mr. Decazes y de Mr. de Metternich que se le señalase un punto de destierro mas cercano á la Francia, ó la permanencia en una capital como Viena. Tenemos á la vista su correspondencia durante aquellos años de soledad y extrañamiento; á veces se desprende de ella la resignacion, y á veces la conformidad con su suerte y la indignacion contra sus enemigos.

« Nos hallamos en un pais rico y hermoso y en un pueblecito mas sin recurso alguno de sociedad y de instrucción. Solo existe Viena en toda la monarquía austriaca, como único punto ilustrado y sociable, pero allí tiene su residencia el hijo de Napoleón. ¿ Habrá tambien algun otro inconveniente para permitirme vivir en Baviera, en Bélgica, ó en Inglaterra? Podeis estar bien seguros de que no prestaré el menor auxilio á los partidos que os dividen. Si pudiera aproximarme á la Francia tendria al menos el consuelo de poder ver mas á menudo á mis amigos.... Yo mismo firmé el decreto de proscripción, el cual fué entonces considerado como el único medio de salvar á un partido que es el mismo que me acusa en el dia; aquel decreto le libraba del furor de los realistas y le ponía á cubierto en el destierro... No deseo á la verdad que se destruyan los partidos, pero formo sí los mas ardientes votos por que sean reprimidos. Redúzcase á los revolucionarios á representar un papel de oposicion razonable; no se trate de separar al rey de la nacion haciendo que esta le considere como un adversario suyo.— Se pone mucho cuidado en estar en guardia contra los realistas exagerados; pero no se hace otro tanto respecto al otro partido... Repasad la historia de la Polonia y vereis que os hallais amenazados de igual suerte sino os haceis dueños de vuestras pasiones... Estoy leyendo una historia de la campaña de 1813, por el general Gourmand, y no me admira el lenguaje que pone en boca de su señor respecto á mí; es muy cómodo para Napoleón el querer escusar todos sus disparates repitiendo que ha sido víctima de una traicion... No, el no ha tenido mas traidores á su alrededor que los que le aduaban.»

Fouché murió insultado ú olvidado de todos los partidos en aquel destierro, sin poder conciliar el reposo, hastiado por la inercia y por la ociosidad, no satisfecho aun de figurar, haciendo por rechazar el eco, unas ve-

ces exacto y otras calumnioso de su vida, que le perseguía hasta en su retiro; hombre de las tempestades á quien no le era posible, como al pájaro de mar, vivir sobre la orilla.

XI.

Fouché dejó una memoria ambigua, pero grande como el papel tan diverso que representó en los acontecimientos de su patria. Genio mas revoltoso que perverso, pero verdadero genio de intriga, que seguía su trama á través de las mas complicadas revoluciones; terrorista por actitud y por lenguaje mas que de corazon y de obra en tiempo de la Convencion, sospechoso para Robespierre, amenazado pocos dias antes del triunfo de la moderacion, renegando, uno de los primeros de la revolucion apenas esta vino á menos, y ofreciéndose á Bonaparte como un negociador necesario entre el jacobinismo y él; sirviéndose de su propia influencia en tiempo del imperio para hacerse por medio de la indulgencia amigos entre los realistas y los republicanos, tratando de moderar el despotismo de Napoleon para hacerle durar en provecho suyo, abandonándole cuando principi6 á decaer para hacerse perdonar por los Borbones separándolos con una mano y atrayéndolos con la otra despues del regreso de la isla de Elba, y esto con tal audacia y con tal doblez que jamás se han visto iguales; no haciendo traicion á Napoleon, pero dejando que se la hiciese su propio genio y los mismos acontecimientos; preparándose á hacerle desaparecer de la escena y á evitar que por tercera vez pudiese en combustion á la Francia; dominando en aquella época, por medio de su interposicion, una de las transiciones mas complicadas y arriesgadas de la historia; salvando de grandes desgracias á su pais, de ar-

royos de sangre á la Europa y quizá del desmembramiento á la Francia; triunfando de los tiempos y obligando á la corte de los Borbones á implorar el auxilio y el apoyo de un regicida; victima, por último de su propia habilidad y arrastrado en su triunfo por la cólera de los realistas á quien tanto habia servido. Este fué Fouché.

Si su nombre no hubiera llevado consigo algo de siniestro con los votos y la sangre de la Convencion, su carrera habria sido uno de esos grandes papeles á veces cómicos y á veces serios que el hombre de estado debería estudiar con la mayor complacencia siempre que su norma sea el resultado y no los principios. Actor consumado bajo los dos conceptos, de hombre de intriga y de hombre de audacia, nada le faltaba respecto á habilidad y buen sentido, pero todo respecto á virtud. Esta frase le define y le juzga completamente. Se le contemplará eternamente, se le admirará algunas veces, pero no se le podrá apreciar jamás.

XII.

Volvamos, pues, al siguiente dia de su caída. El rey no se habia libertado mas que á medias con la separacion de Fouché. Mr. de Talleyrand y el resto del ministerio subsistian todavía y se obstinaban en presentarse ante la Cámara en la persuasion de que se mostraria menos severa con el sacrificio hecho del ministro de Policía. Pero Mr. de Talleyrand pesaba mas si se quiere á la sazón en el ánimo del rey que el mismo Fouché. El rey solo odiaba en Fouché al revolucionario; en Mr. de Talleyrand odiaba al protector. El orgullo del hombre de distinguido nacimiento y la superioridad del hombre de talento consumado en los negocios, dejábanse notar en la actitud y en el tono de Mr. de Talleyrand cuando se halla-

ba en la preseancia del rey. Si bien era dócil y asequible con los poderosos, aquel ministro se acordaba demasiado de su nombre, de sus dignidades del imperio, de su favor con los soberanos estrangeros y de su reputacion de hombre de estado para con el rey. Consideraba á este príncipe como un huésped estraño á la Francia, nuevo en los negocios, pasivo en su propio consejo, conducido por su mano al palacio que ocupaba, á quien hacia los honores de la Francia y que no podia pasarse sin él para que le explicara las costumbres, las cosas, los hombres del nuevo siglo.

Luis XVIII habia sufrido durante algun tiempo aquella tutela política en los negocios por la necesidad que le imponia á Mr. de Talleyrand; mas su dignidad de inteligencia se sentia harto lastimada. Habia confiado á monsieur Decazes lo descontento que estaba de su ministerio, el deseo que tenia de reemplazarle con otro, y las negociaciones preliminares y confidenciales que preceden necesariamente á tales cambios de administracion. Sus entrevistas con Mr. Lainé y con otros miembros de la Cámara que habian llegado ya á París, la lentitud y el mal aspecto que presentaban las negociaciones entabladas con las potencias para la paz general, las hablillas de la camarilla del conde de Artois contra aquel ministerio á quien designaban á la vez con la calificacion de perezoso, orgulloso y desgraciado, acabaron por decidir al rey secretamente. Mas era preciso buscar una ocasion y un pretexto para romper decorosamente aquel pacto con monsieur de Talleyrand que fué producto de la imperiosa necesidad. El mismo, sin embargo, infatuado con dos años de importancia, y creyéndose inviolable, tuvo la imprudencia de ofrecer al rey la ocasion y la oportunidad de su desgracia.

XIII.

Los diarios realistas y los salones de la aristocracia, exaltados con el apasionado movimiento de la opinion á que las elecciones acababan de dar mayor fuerza é importancia, no cesaban de amenazar al ministro con la cólera de las Cámaras por las contemplaciones bajas y culpables que demostraba con la revolucion y con los revolucionarios. Semejantes rumores, preludios de empeñadas luchas en las Cámaras, no podian menos de alarmar á Mr. de Talleyrand. El, que no se sentia con fuerzas suficientes para dominar á una asamblea por medio de la palabra, trataba de intimidarla con la autoridad del rey. Para esto era necesario comprometer al rey en favor de la causa de sus ministros y establecer entre ellos y él una solidaridad aparente, capaz por sí sola de imponer á los realistas.

Mr. de Talleyrand comunicó este plan á sus colegas y atrajo con facilidad á aquellos hombres débiles y ligeros para emprender aquel acto desatentado de audacia. Intimó, pues, al rey en pleno consejo, que era preciso que desmintiese públicamente los rumores que circulaban acerca de su desafeccion hácia el ministerio, dando al mismo tiempo tanto á él como á sus colegas alguna muestra significativa de aprecio que contribuyese á desarmar la naciente oposicion de las Cámaras, imponiendo á la vez silencio á las cábalas que formaba el conde de Artois dentro del mismo palacio, y segun dicen, llegó hasta el punto de proponer al rey el estrañamiento de París del conde de Artois, como una necesidad de gobierno que quitaria un centro y un apoyo á los que se oponian á su política. Por último, añadió, que si el rey no se hallaba dispuesto á demostrar á su ministerio la mas firme y per-

sonal adhesión, los ministros debilitados, por este solo hecho en la opinión, no se crearían en disposición de presentarse ante las Cámaras y se verían en la necesidad de retirarse.

XIV.

Al espresarse en tales términos Mr. de Talleyrand, estaba firmemente convencido de que el rey, viéndose obligado por la necesidad á conservar su confianza al hombre que en aquellos momentos trataba de su reino con los aliados y de su popularidad con el partido revolucionario, cedería á su intimación y vendría á poner toda la autoridad en sus manos. Pero así como Fouché, monsieur de Talleyrand no sabía ya leer en el corazón de los reyes ó de las naciones; descansaba en las creencias de ser todavía un hombre necesario, y ya no podía ni siquiera apoyarse en los acontecimientos ni mucho menos en las opiniones. En una palabra, el rey, á quien había dominado hasta entonces, le dominaba á la sazón á él con toda la elevación del trono sobre la revolución.

El rey, que se sentía con la energía necesaria, creyó que aquella era la circunstancia más propicia para salir del embarazo en que le ponía la despedida de sus ministros, y después de haber escuchado con aparente impasibilidad, las palabras insolentemente respetuosas de monsieur de Talleyrand:

«Con que es decir, repuso con el tono de un hombre ofendido, que mis ministros me presentan su dimisión? Pues bien, señores, nombraré otros que los reemplacen.» Y sin aguardar réplica ni excusa alguna, los despidió con un ademán de cabeza.

«Vos podeis permanecer en Francia, le dijo á Mr. de Talleyrand como si hubiera querido recordarle el destierro que se le había impuesto á Fouché y las relegacio-

nes á distancia de la corte á que la antigua monarquía condenaba á los ministros demasiado poderosos.

«Confío, respondió Mr. de Talleyrand con una audaz amargura de que no hizo alarde por cierto en circunstancias semejantes ante la presencia de Napoleón irritado; confío en que no tendré necesidad de otra cosa que de la justicia del rey para residir sin temor alguno en su país.» Y diciendo así se retiró.

«Se han burlado de nosotros,» dijo á sus colegas al salir del gabinete del rey, manifestando la sorpresa propia de la astucia burlada también á su vez. Acababa de descubrir en la precipitación del príncipe por recoger sus palabras, un partido tomado ya de antemano, y su acento le pareció más bien el del señor que el del protegido. Mas, sin embargo, procurando ocultar su cólera ante el interés, y deseando conservar abierta para el porvenir la puerta de un palacio cuyas veleidades le eran muy conocidas, pidió, al pronto como una reparación y luego como una gracia, la plaza de gran chambelán con la dotación de cien mil francos, cuya concesión se hizo más bien á la situación que á la persona, pues la corte necesitaba contemplarle todavía, aunque nada temía ya de él.

XV.

El ministerio de Mr. de Talleyrand, desde 1815 había sido pasivo, impotente y desgraciado. Aquel hombre de Estado cuyo principal talento consistía en dejar que todo se hiciese por la fuerza natural de las cosas humanas, haciendo recaer después el mérito en sí mismo cuando aquel poder oculto le servía bien, había sido á la sazón mal servido por las circunstancias sin que por su parte hubiese sabido impedirlo ni oponerse á ello. Nulo en el interior, burlado por la Rusia y por la Prusia en el este-